

Félix Vera

OLOR A ACUERDO

*EN LOS BAÑOS NO HAY JERARQUÍAS, PERO SÍ
JUSTICIA POÉTICA*

Editorial “La Trinchera”

Noviembre 2024

En la sala privada de un restaurante elegante, decorada con un gusto tan ecléctico como pretencioso, un grupo de profesionales discutía con una intensidad que habría hecho temblar a cualquier mediador experimentado.

La mesa era un campo de batalla: de un lado, **Javier**, el representante de una empresa consolidada, acompañado por sus asesores, cada uno más rígido que el otro. Del otro lado, **Roberto**, el líder de una startup ambiciosa, con su equipo joven, diverso y dinámico, entre los que destacaban dos señoritas profesionales de mirada acerada y dedos rápidos sobre sus tablets.

—¡Esto es una broma! —exclamó Javier, golpeando ligeramente la mesa, aunque con la precisión de alguien que sabe medir hasta el volumen de su indignación—. Pretender que aceptemos este precio inflado es mucho, casi les diría que es un insulto a la inteligencia. ¡Y al mercado! Esto no es un negocio,

Roberto. Esto es un robo.

Roberto, que se inclinaba hacia atrás en su silla como si estuviera de vacaciones, sonrió con un aire que exasperaba a Javier.

—Hurto, tal vez, pero creativo, de vanguardia, Javier. Y si me permite, no somos nosotros los que estamos interpretando el papel de los ladrones en esta operación.

—¡Por favor! —bufó Javier, moviendo su corbata con indignación—. Si seguimos así, ni en un siglo llegaremos a un acuerdo razonable.

Una de las señoritas del equipo de Roberto intervino con voz suave pero firme, rompiendo la tensión como si fuera un bisturí:

—Javier, con este acuerdo sus márgenes aumentarían un 35 % en el primer año. Pero, claro, eso requiere que podamos ver más allá de los costos iniciales.

El aire estaba cargado, tanto de argumentos como de desconfianzas. Las miradas iban y venían, algunas

buscando apoyo, otras, un resquicio de victoria. Pero entonces, como si el destino quisiera añadir una pizca de absurdo al momento de tensión, tanto Javier como Roberto se levantaron casi al mismo tiempo.

—Disculpen un momento —dijo Javier, con un tono que no dejaba lugar a preguntas.

—Yo también vuelvo enseguida —agregó Roberto, sonriendo como quien tiene que atender un llamado ineludible, impostergable.

Ambos hombres caminaron hacia el baño en silencio, dejando atrás a sus equipos, que se miraron entre sí con una mezcla de confusión y complicidad. Uno de los asistentes de Javier, el más joven, que por su aspecto hacía presumir que era el menos experimentado del grupo, murmuró en voz baja y con un aire de soberbia:

—Mi olfato profesional me dice que esta negociación se acomoda en el baño.

El baño era pequeño, pero lujosamente decorado, con

azulejos negros brillantes y luces suaves que daban al lugar un aire casi solemne e impoluto. Para desgracia de ambos, los dos únicos orinales que había, estaban uno al lado del otro.

Javier, claramente incómodo, se colocó en uno, el que estaba contra la pared, al fondo, mientras Roberto, con su desenfado habitual, ocupó el otro, para peor - de ambos-, nada separa el uno del otro. Había una vista franca entre una y otra persona.

El silencio era denso, interrumpido solo por el leve murmullo de la descarga natural de ambos.

Javier fue el primero en romperlo, mirando fijamente los azulejos frente a él:

—Bueno, aquí estamos, Roberto. Codo a codo... en el único espacio donde no hay jerarquías, donde todos somos iguales.

Roberto sonrió, mirando al frente como si estuviera apreciando una obra de arte.

—Es cierto. Este lugar es el gran igualador, Javier.

Aquí no hay estrategias brillantes. Solo hombres honrando un llamado de la naturaleza. Democracia líquida, ¿no cree?

El comentario casi relajó el ambiente, pero entonces ocurrió algo.

Un sonido aparatoso, que duró dos segundos, de origen definitivamente humano rompió la solemnidad del momento. Fue breve, pero con una contundencia imposible de ignorar.

Por unos segundos Javier se quedó inmóvil, con las cejas alzadas y una expresión que oscilaba entre el desconcierto y la incredulidad, tiempo más que suficiente para que todo el aire del baño se volviera raro, fétido.

—¡Por el amor de Dios, Roberto! —exclamó, girando ligeramente la cabeza sin dejar de mirar al frente—. ¿Qué comió antes de venir aquí? ¿Un un kilo de brócoli?

Roberto, lejos de avergonzarse, soltó una carcajada, encogiéndose de hombros.

—Lo siento, Javier. Creo que las berenjenas de la entrada estaban... inspiradas. Pero, si lo piensa bien, esto al menos no necesita ninguna interpretación legal.

Javier, ahora con el ceño fruncido, agitó la mano que le quedaba libre frente a su cara, como si intentara expulsar de su espacio personal esa invasión olfativa. Sus fosas nasales parecían implorar por aire limpio mientras ladeaba ligeramente la cabeza para encontrar el punto de aire limpio.

—Interpretación legal no, pero sí un comité de crisis. Esto no es un accidente, Roberto; esto es terrorismo biológico.

Antes de que Roberto pudiera responder, el sensor del mingitorio se activó por error, lanzando un chorro de agua que salpicó sus zapatos. Roberto dio un pequeño salto hacia atrás, lanzando una

exclamación de sorpresa.

Javier, que hasta entonces había mantenido la compostura de un diplomático en plena crisis, sintió cómo una carcajada le surgía sin permiso.

Entre jadeos, y con la bragueta aún abierta, señaló los zapatos de Roberto mientras se apoyaba en el borde del lavamanos para recuperar el aliento.

—¡Perdón, perdón! —dijo finalmente, agitando las manos—. Pero, Roberto... creo que el baño también decidió opinar sobre el acuerdo, mientras cerraba el cierre de su pantalón.

Roberto miró sus zapatos mojados y, sin molestarse, se unió a las risas.

—Touché. Esto podría ser una metáfora, Javier. A veces, en los negocios, también hay que mojarse un poco para avanzar.

El vínculo entre ellos había cambiado, aunque ahora el aire se había envenenado por motivos

verdaderamente humanos. La tensión sofocante entre ellos, había desaparecido, reemplazada por una ligereza inesperada, casi cómplice, como si el absurdo del momento hubiera derrumbado las barreras que ni los argumentos ni las cláusulas podían romper.

Mientras ambos encaraban la puerta para dejar el baño, Roberto lanzó un último comentario con su sonrisa habitual:

—Esta experiencia, Javier, espero que sirva como el comienzo de una relación más sincera y humana entre nosotros. Aunque, si alguien menciona la palabra "ventilación" en la reunión, prometo no mirar hacia usted.

Javier, todavía ajustándose la corbata frente al espejo, sonrió de lado.

—Trato hecho, Roberto. Pero le advierto: si incluye algo de esto en el acuerdo, será usted quien se encargue de explicárselo a las señoras de su equipo.

Ambos regresaron a la mesa con la aparente dignidad

de dos generales que acaban de firmar una tregua secreta, mientras que el resto de los participantes de la reunión, al verlos regresar a la mesa, sintieron que algo había cambiado, y para bien.

La negociación retomó su curso, esta vez con menos choques y más consensos, como si el aire—ahora menos intenso que en el baño—hubiera limpiado también las asperezas.

Tal vez fue el baño, tal vez fue una ventosidad, o quizá simplemente el reconocimiento de que, en el fondo, debajo de los trajes y las corbatas, no somos más que humanos enfrentando las mismas inseguridades... y a veces, las mismas urgencias, algunas, inevitables.

